

Semblanza de la profesora María Eugenia Dubois

HOMENAJE DE LA CÁTEDRA UNESCO

STELLA SERRANO DE MORENO

Rilke, el poeta checo en lengua alemana, refiere, en las **Cartas a un joven poeta**, la dificultad de expresarse sobre las personas que uno ama, por aquello de que pueden desbordarnos los sentimientos y deslucir lo escrito al sobrecargarlo de adjetivos. En obediencia a esa suerte de mandato, me valgo de un solo adjetivo para resumir las bondades de María Eugenia Dubois. Y lo hago con la expresión poética de don Antonio Machado: María Eugenia, la compañera a quien homenajeamos hoy, fue, simplemente, buena, en el buen sentido de la palabra. Y agregó, por mi perseverante apego a lo pedagógico, que bueno es todo aquello superior a lo normal.

Sin duda, el trabajo realizado por María Eugenia a lo largo de su vida fue bueno, signado siempre por la tarea de formar generaciones de educadores esparcidos por todos los rincones del país. Por eso, este es un reconocimiento justo a su trayectoria de esfuerzo y afanoso trabajo para formar a quienes tienen en sus manos el progreso, la educación y la justicia social en el país.

Oriunda de Buenos Aires, Argentina, llegó a Mérida hace más de cuarenta años, invitada por la Universidad de Los Andes como profesora de Sociología de la Educación. Muy pronto, adoptó a Mérida como su ciudad y a la Universidad como su hogar. Vivió el resto de su vida aquí y realizó, con su trabajo incansable, grandes aportes en beneficio de la actividad académica y en pro del desarrollo y la formación humana.

Quisiera remontarme entonces, treinta años atrás, cuando fue invitada en 1977 al Departamento de Pedagogía para coordinar un seminario de investigación educativa dirigido a profesores, la mayoría recién ingresados a la Facultad de Humanidades. Ese seminario –en el que participamos Josefina Peña, Ana Luisa Angulo, Begoña Tellería, Margarita Pacheco, Mary Rodríguez y Stella Serrano– fue el inicio de un largo y fértil camino en el área académica que nos condujo por la senda del saber, del conocimiento y de la consolidación de grandes y profundos afectos que hoy permanecen. Así comenzamos a dar nuestros primeros pasos por el camino de la actividad docente y de la investigación, con el abnegado y talentoso acompañamiento de la profesora Dubois.

Aquellos fueron tiempos de arduo y exigente trabajo, guiado por esa gran convicción en el cumplimiento del deber que siempre mostró la profesora Dubois. Con su autenticidad interior, contribuyó con fecundidad a la educación docente de todas nosotras, que recogimos mucho del ejemplo que ella ofrecía; porque, como afirma el poeta, “si amas y vives en la autenticidad educas sin proponértelo”. Y así fue.

Era una mujer incansable, con una profunda vocación de servicio y con una gran disciplina para todo cuanto se proponía realizar. Ella creía sencillamente en hacer las cosas bien y con un gran amor. Era recta, sincera, tanto que a veces sus palabras dolían por la forma directa, clara y sin dobleces con que se expresaba. Porque María Eugenia, por su formación, se caracterizaba por una gran agudeza y lucidez intelectual; tenía siempre una visión crítica y reflexiva. Todos sus argumentos estaban enmarcados por profundos razonamientos derivados del saber emanado de sus lecturas. Porque ella era una gran lectora y siempre buscó transmitir ese ejemplo.

Así, nos incorporó al mundo de la lectura académica, porque la consideraba esencial para nuestra formación. Esa convicción hizo que nos acompañara, durante más de veinte años, en un seminario de lectura que conducía con profunda vocación. Así, conocimos a los grandes investigadores del área de la lengua escrita: Frank Smith, Kenneth y Yetta Goodman, David Rumelhart, Emilia Ferreiro, Ana Teberosky, Donald Graves, Donald Murray, Jean Piaget, Lev Vigotsky, David Olson, Walter Ong, Humberto Maturana, y a sus entrañables amigas Regina Gibaja y María Elena Rodríguez, entre muchos otros. Quiero mencionar especialmente a Louise Rosenblatt y su **Teoría transaccional de la lectura y la escritura**, que influyó notablemente su vida académica y sus escritos. Todos estos autores, y muchos otros que vinieron luego, fueron leídos y conocidos por nosotras gracias a María Eugenia.

Como profesional, fue ejemplo incuestionable de compromiso, abnegación y constancia. Su acción pedagógica estaba signada siempre por la apertura de caminos seguros y coherentes para que los estudiantes y profesores pudiéramos alcanzar una formación permanente y con sentido, tanto para quienes nos formábamos a su

lado, como para la Escuela de Educación como institución. Su última contribución fue el trabajo pionero que realizó junto a los Doctores Anibal León, Leonor Alonso y Begoña Tellería en la creación del Doctorado en Educación, que hoy forma su IV cohorte.

María Eugenia estuvo siempre preocupada por sembrar los valores del bien, de la sabiduría, de la solidaridad y del compromiso irrefutable con el trabajo para formar docentes con convicciones claras y firmes. Trabajó tan incansablemente que su trayectoria en el área de la investigación en lectura y escritura es hoy ampliamente reconocida por sus contribuciones a la formación del profesorado y la práctica pedagógica en las aulas.

La llamábamos usualmente “profesora Dubois”, por el gran respeto que nos infundía su altiva personalidad. Sin embargo, era grato visitarla y verla mostrar con absoluta transparencia su sensibilidad y comprensión, rasgos amorosos que en la universidad no se hacían evidentes, dada su permanente entrega al trabajo académico. Pero cuando solíamos reunirnos, bien en su casa o en otros espacios, compartía con alegría y disfrutaba de cosas sencillas. Era hermoso descubrir, en su taller de construcción de muñecas y tapices, de campanas y molas, una faceta de artista plástica, de creadora. Y qué no decir cuando, en ocasiones, se sentaba a interpretar algunas melodías en el piano...

Sembró mucho en nuestra institución, con esa firmeza indoblegable de su espíritu. Hoy podemos decir agradecidos que fuimos afortunados de contar con su cálida presencia aquí y con su profunda y solidaria compañía, porque fue una de esas personas que resultan esenciales a lo largo de la vida. Su obra y contribución a nuestra Universidad de Los Andes, a la sociedad y al país son inestimables. Hoy quisiera expresar mi más profundo agradecimiento y reconocimiento a esta abnegada y luchadora mujer que, como dice Eladia Blázquez “con las alas del alma desplegadas al viento desentrañó la esencia de su propia existencia, sin desfallecimiento”.

Stella Serrano de Moreno
Posgrado de Lectura y Escritura.
Universidad de Los Andes, Mérida.